

ESTRATEGIAS DE IZQUIERDA PARA SUPERAR LA CRISIS DEL EURO

¿Qué respuestas puede ofrecer la izquierda a las crisis de la zona euro y de la economía mundial? El partido DIE LINKE se ha planteado esta importante pregunta en vista del creciente escepticismo hacia el euro y la Unión Europea. En este contexto y como aportación al debate político, la Fundación Rosa Luxemburg ha presentado un estudio de los economistas Heiner Flassbeck y Costas Lapavitsas sobre las causas de la crisis del euro y las posibles estrategias para salir de ella. A continuación presentamos un resumen del mismo; la versión completa, escrita en inglés, la encontrarán en: <http://www.rosalux.de/publication/39478>.

HEINER FLASSBECK

EL EURO EN LA ENCRUCIJADA

CONCLUSIONES POLÍTICAS DEL ESTUDIO DE FLASSBECK Y LAPAVITSAS

¡Aprovechemos la última oportunidad!

El estudio «The Systemic Crisis of the Euro – True Causes and Effective Therapies» (La crisis sistémica del euro – causas reales y terapias efectivas) de Heiner Flassbeck y Costas Lapavitsas, con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburg, ha mostrado sin lugar a dudas que la existencia de la moneda común europea está amenazada. No solo se ignoraron desde el principio las condiciones básicas para el buen funcionamiento de una unión monetaria, sino que la gestión de la unión monetaria, orientada en gran medida a los aspectos fiscales, no estuvo a la altura de la complejidad de la situación y se vió influida por la orientación ideológica de los principales actores. Además, desde el inicio de la crisis europea, que coincidió con la crisis financiera mundial, se cometieron errores decisivos a la hora de intentar controlar la división de la unión monetaria. De nuevo, la atención centrada en cuestiones fiscales (“crisis de la deuda soberana”) impidió que se adoptaran medidas globales y con fines específicos. Asimismo, la culpabilización unilateral y claramente falsa de los países deudores y las políticas de austeridad que se les ha impuesto ha desatado una crisis económica cuyas consecuencias negativas en las condiciones de vida de las personas ponen en tela de juicio los sistemas democráticos nacionales y debilitarán durante décadas la convivencia pacífica de las ciudadanas y ciudadanos en Europa.

Es tarde, pero aún se está a tiempo de cambiar la situación. Si Alemania, como principal país acreedor, entrara en razón, cambiara su posición de forma radical y desarrollara junto con los demás países una nueva estrategia, la zona euro podría superar la fuerte recesión y salir de la crisis. Por lo contrario, cada día que pasa aferrándose a su vieja estrategia, de por sí ya fracasada, se agotan las oportunidades de salir con éxito de la situación. Elementos decisivos que debería abarcar una nueva estrategia serían reducir las diferencias en la competitividad (sobre todo subiendo los salarios en Alemania), acabar inmediatamente con las políticas fiscales de austeridad y apoyar a los países deudores durante la difícil fase de transición mediante créditos del Banco Central Europeo, eurobonos o ayudas sin demasiadas condiciones a través del Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE). Y aun así haría falta armarse de paciencia. Serán necesarios diez años como mínimo para restablecer la situación en la que los países deudores sean independientes económicamente, vuelvan al crecimiento económico y creen puestos de trabajo. Puesto que la probabilidad de que tenga lugar un cambio fundamental de este tipo no parece ser muy grande, debemos contemplar también otras opciones. Se trata de una cuestión ineludible, teniendo en cuenta que en los países más afectados los costes de los ajustes apenas pueden ya asumirse políticamente y la democracia se encuentra seriamente amenazada. El estudio de Flassbeck y Lapavitsas muestra que la unión monetaria en Europa hubiera podido ser de gran utilidad incluso más allá de las consideraciones estrictamente políticas. La posibilidad de llevar a cabo una política monetaria común dirigida a una gran región de Europa albergaba grandes oportunidades. Pero se desaprovecharon. A la luz del proceso de ajustes impuesto a los países deudores, extremadamente costoso y sin garantías de que los países afectados vayan a volver pronto a la senda del crecimiento duradero, se vislumbran las limitaciones de la política, limitaciones que no deben pasarse por alto.

Los gobiernos elegidos democráticamente no pueden infligir ilimitadamente sufrimiento a su población. En el contexto de una crisis en la cual ya nadie puede explicar por qué unos países tienen que sufrir mientras otros países o instituciones han asumido de facto el poder, la población no está dispuesta a aguantar tales circunstancias durante mucho tiempo. El potencial de conflictos masivos, rebeliones y caos que conllevan las crisis monetarias ya se dejó sentir en el pasado. En casi todos esos casos solo se pudo poner freno a la crisis, tanto a la económica como a la política, devaluando la propia moneda; medida que contribuía relativamente rápido a un cambio económico, es decir, a un cambio de las expectativas económicas del país. Actualmente no es posible aplicar tal medida en la Unión Económica y Monetaria. Ninguna de las medidas de política económica que la troika ha impuesto a los países deudores es capaz de revertir para mejor la situación económica. La reducción de salarios es claramente contraproducente porque daña la economía interna, la cual en todos los países afectados, a excepción de Irlanda, tiene cuantitativamente mucho más peso que las exportaciones. Las llamadas medidas políticas de oferta no ayudan de manera sustancial a estimular una demanda débil, y de eso se trata en este momento. En la mayoría de los casos solo agravan la crisis que afecta a la demanda.

Tolerar la salida del euro como opción

Tarde o temprano, si bien en la zona euro debería suceder ya en breve, los gobiernos elegidos democráticamente tendrán que presentar resultados positivos de sus políticas anticrisis. Deben crear expectativas positivas, darle a la población, especialmente a la gente joven, la esperanza de un futuro mejor. Si fracasan en ello, las opciones en los márgenes del espectro democrático atraerán a más y más simpatizantes. Y en el caso que la crisis se alargue, aparecerán en todos los países (tanto deudores como acreedores) cada vez más partidos que cuestionen el sistema monetario, al que se hace responsable de los dolorosos ajustes, y que empiecen a sospesar su posible salida del euro. Considerar que la entrada en la unión monetaria es irreversible, como hacen muchas voces europeístas, es ingenuo. Todas las reglas sociales concebidas por personas se pueden anular y efectivamente se anulan en el caso de que fracasen. Desterrar la opción de la salida del euro del debate político por no querer cuestionar la idea de Europa sería negar la realidad y en última instancia se le haría el juego a las posturas antieuropeas.

De aceptar esta razonable posibilidad, hay que pensar con detenimiento cómo se puede lidiar con las fuerzas nacionales centrífugas sin que ello quiebre completamente la Europa política. Al margen de numerosos pequeños problemas técnicos que pudieran surgir en el caso de la salida del euro de un país concreto, existen dos obstáculos fundamentales que salvar. En primer lugar son imprescindibles controles estrictos de los flujos de capital para impedir la fuga de capitales y retiradas en masa de fondos bancarios en caso de que en un país o en varios se contemple una salida de la unión monetaria. En este aspecto se creó un precedente con Chipre que por un lado muestra que hay que esto es compatible con los tratados y convenios europeos y, por otro, que estos controles se pueden aplicar rápidamente, de manera que se puedan prevenir situaciones caóticas en el caso de un anuncio en esa dirección.

En segundo lugar, durante la transición hacia una nueva moneda nacional existe el peligro de que si se la deja a merced del mercado de divisas, su valor caiga en picado y de esta manera el cambio de moneda resulte muy caro y doloroso. Todos los países deficitarios necesitan una devaluación del orden de entre un 25 a 40 por ciento; no obstante, una depreciación mayor perjudicaría el comercio europeo. Países que dependen fuertemente de las importaciones sufrirían en el caso de un cambio de moneda y una devaluación desmesurada pérdidas en la renta real de tales dimensiones que podrían entrañar, a su vez, consecuencias políticas explosivas. Las tareas más importantes que recaen sobre la política europea son prevenir una devaluación excesiva y posibilitar una transición indolora en lo posible a los países que quieran permanecer en la Unión Europea (que seguramente sería la mayoría) sin destruir el mercado interno europeo. Como ha mostrado el estudio de Flassbeck y Lapavitsas, sería conveniente en ese aspecto reanimar el Sistema Monetario Europeo (SME), en cuyo marco los países salientes están protegidos frente al peligro de una devaluación descontrolada y pueden recuperar su competitividad sin que colapse su coyuntura interna.

La economía de Alemania se vería sin lugar a dudas muy afectada en un escenario como este. Como en el caso de una salida ordenada del euro varios países (el sur de Europa incluida Francia) abandonarían la moneda única, Alemania debe contar con que su estructura de producción, extremadamente orientada a la exportación (las exportaciones suponen más del 50 por ciento del PIB) y consolidada durante los años de la unión monetaria, se vería sometida a duros ajustes. El sector de la exportación disminuirá notoriamente y, dependiendo del tipo de ajuste, se podrá (o no) compensar esta disminución mediante la expansión de sectores internos. Si Alemania intentara contrarrestar la pérdida de competitividad reduciendo los salarios, no podrían evitar una profunda y larga recesión y altas tasas de desempleo. También en este caso es decisivo que Alemania reconozca las causas de la crisis, incluidos sus propios errores, y que actúe

consecuentemente. Alemania no sobreviviría políticamente una nueva lucha por la competitividad y su cuota de mercado, ya que gran parte de la población tendría dificultades para subsistir.

Europa es más importante que el euro

A muchas de las personas que con muy buenas razones creen en Europa como garante de paz les cuesta aceptar la disolución de la unión monetaria o la salida de la UEM de estados concretos, pero hay que ser realistas. Probablemente Europa haya dado con la unión monetaria un paso prematuro y demasiado grande. Sería un gran éxito poder salvar el euro, sin duda; no obstante, si esto no es posible en todos los países miembros, debería centrarse toda la energía política en proteger la Europa unida políticamente del derrumbe de una parte de la unión monetaria.

El estudio ha mostrado claramente que apostar por el euro se puede justificar también con buenos argumentos económicos. Pero la teoría económica dominante ha ignorado estos argumentos desde el principio y los ha desautorizado políticamente. También desde instituciones decisivas, como el Banco Central Europeo y la Comisión Europea, se intentó implementar la unión monetaria basándose en la teoría neoclásica imperante. Este intento ha fracasado rotundamente. Una unión monetaria construida sobre ideas monetaristas en el Banco Central Europeo y en la Comisión Europea y sobre crudas nociones sobre competencia entre naciones en el país miembro más grande no puede funcionar, ni antes ni ahora. No se puede permitir que Europa se ponga en duda a sí misma bajo la influencia de ideas sobre la economía fuertemente marcadas por una ideología. Todas las personas que quieran salvar a Europa como idea política, lo que debe ser el objetivo primordial, tienen que reconocer que esto solo es posible con una teoría económica que sea al mismo tiempo realista y progresista. Solo cuando se haya entendido que hay que garantizar, cueste lo que cueste, la participación de toda la ciudadanía en el progreso económico y que la idea de la competencia entre naciones es absurda, se podrá esperar de que de entre las ruinas de la vieja estructura surja nueva vida europea.

Ginebra, 29 de abril de 2013

Heiner Flassbeck es economista y fundador de Flassbeck-Economics. Entre los años 1998 y 1999 fue Secretario de Estado en el Ministerio Federal de Finanzas de Alemania y desde el 2003 hasta 2012 economista jefe en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD); www.flassbeck-economics.de.

La Fundación Rosa Luxemburg es una de las seis fundaciones cercanas a partidos políticos en República Federal de Alemania. La principal tarea de la fundación es la educación política. Es cercana al partido DIE LINKE.